

Ecología y marxismo: aproximaciones contemporáneas a la cuestión de la naturaleza en Marx

Juan Sánchez Santiago
Investigador Independiente
j.sanchezsantiago@um.es

Resumen: Este trabajo busca exponer el papel de la naturaleza en el pensamiento de Marx, así como las concepciones contemporáneas acerca de la relación entre ecología y marxismo. Para eso, partimos de la idea de que en el alemán encontramos una preocupación por la naturaleza que se inserta en su análisis de la sociedad capitalista y que va desarrollándose junto al resto de su pensamiento. John Bellamy Foster y Kohei Saito permitirán una aproximación más cercana a las preocupaciones de Marx sobre la interacción entre la naturaleza y las sociedades humanas, mientras que Jason W. Moore realiza un acercamiento que entra en polémica con estos postulados. También exponemos la manera en la que la cuestión de la naturaleza condiciona las prácticas políticas de nuestro tiempo, haciendo necesario tanto el aparato crítico de Marx como sus planteamientos políticos.

Palabras claves: marxismo, fractura metabólica, oikeios, ecología, sostenibilidad

Ecology and Marxism: contemporary approaches to the question of nature in Marx

Abstract: This paper seeks to present the role of nature in Marx's thought, as well as the contemporary conceptions of the relationship between ecology and Marxism. In this regard, it is assumed that a discernible concern for nature is present in Marx's works, linked with his analysis of capitalist society and evolving in tandem with his broader theoretical framework. John Bellamy Foster and Kohei Saito allow us a closer examination of Marx's concerns regarding the interaction between nature and human societies. In contrast, Jason W. Moore challenges some of the premises of the duo. Furthermore, we examine the manner in which the question of nature conditions the political practices of our era, highlighting the importance of both Marx's critical apparatus and his political strategies.

Keywords: Marxism, metabolic rift, oikeios, ecology, sustainability

Sumario: 1. El concepto de naturaleza en Marx. 2. Marx oculto: la crítica marxista al metabolismo social. 3. La crítica al dualismo naturaleza/sociedad de Jason W. Moore. 3.1. Colapso y ocaso del sueño globalizador. 4. ¡Marx vive!: la indagación ecológica en Marx por Kohei Saito. 4.1. Marxistas, Marx y la carta a Michailovski. 5. Conclusión.

1. El concepto de naturaleza en Marx

En el pensamiento de Marx no nos encontramos una definición de la naturaleza ajena a la historia, sino que esta se relaciona con el ser humano y su desarrollo histórico. En ese sentido, hemos de comprender que la naturaleza no es unidimensional, sino que se presenta de diferentes formas, dependiendo de los elementos que queramos destacar. Por tanto, la naturaleza se presentará para al alemán como un concepto con diferentes definiciones en función de la forma en la que observemos su interacción con la humanidad. Así, Marx entiende la naturaleza como aquello externo al ser humano, como lo que no se deshace completamente en las relaciones humanas. Al tiempo que destaca la íntima relación existente entre humanidad y naturaleza, haciendo que ambas se condicionen mutuamente. Es decir, la naturaleza no es cooptada completamente por el ser humano, pero eso no significa que esta no determine las acciones de la humanidad al tiempo que el ser humano transforma lo natural. Es más, de esta caracterización de ambos elementos no podemos deducir una separación entre humanidad y naturaleza, como si esta fuera únicamente una fuente de recursos de aquella. El ser humano está inserto en la naturaleza y, por tanto, es natural. A la vez que interactúa con lo natural y lo modifica (modificándose a sí mismo con esa acción).

En ese sentido, Marx, criticando a Bruno Bauer, escribe: “o, incluso, como dice Bruno, [...] las «antítesis de naturaleza e historia», como si se tratase de dos «cosas distintas» y el hombre no tuviera siempre ante sí una naturaleza histórica y una historia natural” (Marx y Engels, 2014, p.36). En definitiva, la naturaleza es una realidad diferente a las construcciones humanas, pero no es independiente de ellas. Esta realidad natural es mediable (y mediada) a través de la praxis social. Sin embargo, dado que los seres humanos también forman parte de la naturaleza, esta es comprendida como aquello que abarca lo natural en su totalidad y, a su vez, la naturaleza es entendida a partir del desarrollo histórico concreto en el que nos encontramos (Schmidt, 1977, p. 25). Es decir, de la misma forma en la que en Aristóteles nos encontramos con que el ser se puede decir de distintas maneras, la naturaleza en Marx también se presenta de formas diferentes. En un sentido restringido, es aquello “ajeno” a las construcciones humanas y con lo que las distintas sociedades interactúan. Entendida de una forma más amplia, la naturaleza abarca *todo* lo presente en nuestro mundo, incluyendo al ser humano y sus producciones. Por un lado está la naturaleza con la que interactúan las sociedades como agentes externos. Por otro lado, la naturaleza como entidad que abarca todo lo vivo y sus producciones. Pero de esta idea no se puede inferir una concepción ahistórica de la naturaleza, ya que la naturaleza se presenta conforme al desarrollo histórico de la sociedad. En este trabajo, ambos sentidos, el restringido y el amplio, de la naturaleza son tratados. El primero para exponer de una forma más clara el carácter explotador del sistema de producción capitalista. El segundo, para dar cuenta de las consecuencias que estas prácticas tienen sobre las naturalezas humanas y extrahumanas. Además, de estas “dos” naturalezas no se puede inferir una diferenciación real, ya que se presentan simplemente como una forma de exponer las acciones y los resultados del sistema de producción capitalista. Las sociedades actúan como si la naturaleza fuera externa a ellas, pero las consecuencias de esa relación las experimentan insertas en la naturaleza.

En definitiva, Schmidt (1977, pp. 25-32) sostiene que esta forma de entender la naturaleza conlleva que el desarrollo histórico se vea como la relación existente entre naturaleza y humanidad. Así, la naturaleza no es estática, sino que se encuentra socialmente mediada. Por tanto, al entender la naturaleza como algo que se desarrolla paralelamente a la humanidad en sus diferentes estadios históricos, nos encontramos con que no tiene sentido apelar a una naturaleza prehumana. La naturaleza, como el ser

humano, es dinámica y se encuentra sometida al cambio. No podemos encontrar en ella una esencia, una substancia eterna que permita definirla. Además, precisamente por esta consideración, la naturaleza no puede verse de forma abstracta, sino que debe presentarse como ciertos modos de ser de la materia. Eso no implica que la naturaleza constituya una serie de hechos aleatorios, al tiempo que Marx tampoco ve en la historia una teleología que explique la historia desde el inicio hasta su final. Los fines que nos encontramos en la realidad son los de los seres humanos, los de millones de personas históricamente determinadas.

De esta forma, llegamos a la conclusión (Schmidt, 1977, pp. 41-45) de que la historia natural y la humana se encuentran ligadas, aunque eso no implique una total identificación de ambas. Las diferencias las encontramos en que las leyes naturales no se pueden aplicar a los procesos históricos. Es cierto que en la sociedad vemos prolongaciones de la historia no humana, pero de ello no se sigue que podamos entender el desarrollo histórico-social a partir de leyes naturales. Aun con todo, no sería acertado entender la naturaleza y la humanidad como dos elementos distintos. El condicionamiento entre ambas es tal que Marx no encuentra diferencia metódica entre ambas. Eso significa que la historia natural y la humana confluyen. En cierta medida, podemos considerar la naturaleza en continuo contacto con el desarrollo de las sociedades humanas, sin que aquella se termine disolviendo en estas. Este realismo materialista de Marx se aleja de Feuerbach al introducir el dinamismo de la dialéctica hegeliana. En ese sentido, si Feuerbach “pone los pies en la tierra” al pensamiento hegeliano, dejando atrás espíritus trascendentes y situándolo en el ser humano, Marx y Engels le añaden el componente dinámico a la aportación feuerbachiana:

Feuerbach les lleva a los materialistas «puros» la gran ventaja de que ve cómo también el hombre es un «objeto sensible»; pero [...] sin concebir los hombres dentro de su trabañón social dada, [...] no llega nunca, por ello mismo, hasta el hombre realmente existente, hasta el hombre activo, sino que se detiene en el concepto abstracto «el hombre». (Marx y Engels, 2014, p. 37)

Si bien es cierto que la naturaleza no depende del desarrollo del ser humano (aquella seguirá cuando la humanidad desaparezca), solo a partir de las lentes de nuestras sociedades podemos realizar enunciaciones sobre la naturaleza. En ese sentido, la relación entre el ser humano y la naturaleza (Schmidt, 1977, pp. 84-87) se encuentra mediada por el metabolismo humano-natural, por el intercambio que se lleva a cabo entre la naturaleza y la especie humana. De la misma forma que el resto de seres vivos (aunque tal vez con mayor incidencia), la especie humana interactúa con la naturaleza. El metabolismo le sirve a Marx para dar cuenta de la retroalimentación existente entre las sociedades y la naturaleza en la que se insertan. Este concepto pone de manifiesto que las acciones humanas no se realizan en un vacío, sino que tienen consecuencias que condicionan las sociedades a futuro. A través de ese intercambio, la naturaleza se humaniza y la humanidad se naturaliza. Es decir, el ser humano modifica con sus acciones la naturaleza, al tiempo que la naturaleza adquiere nuevos valores de uso dentro de la historia humana.

Además, el cordón umbilical entre la humanidad y la naturaleza será el trabajo, presente como elemento transhistórico necesario para la mediación entre ambas partes. La diferencia específica del ser humano surge en el “momento en que comienza a producir sus medios de vida [...]. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material” (Marx y Engels, 2014, p. 16). Sin embargo, el mismo concepto de metabolismo ya señala una tensión presente entre el ser humano y las

naturalezas extrahumanas. Estas no se incorporan completamente al sujeto humano. Es decir, la emancipación, el reino de la libertad, no suprime la naturaleza, el reino de la necesidad (Cfr. Marx, 2009c, p. 1044). La idea que sobrevuela estas consideraciones puede ser resumida en la siguiente frase: “El poderío de la naturaleza no se puede quebrantar totalmente. Esta solo se deja dominar cuando se coincide con sus propias leyes” (Schmidt, 1977, p. 112). El metabolismo natural no puede trampearse, su abuso trae consigo consecuencias negativas para las sociedades humanas. De ahí la necesidad de una relación racional entre la humanidad y la naturaleza.

2. Marx oculto: la crítica marxista al metabolismo social

John Bellamy Foster muestra la tradición teórica que precede a Marx y el caldo de cultivo donde se desarrolla el materialismo histórico. Para ello, se sirve de varias figuras históricas que condicionaron al alemán, desde Epicuro hasta Darwin. Por ese motivo, ha de quedar claro que el materialismo histórico no surge en un vacío¹, sino que aparece de la mano y enfrentado a múltiples teorías en un marco científico caracterizado por el auge de las explicaciones darwinistas frente a una oligarquía religiosa y de corte idealista. El materialismo de Marx se orientaba a la praxis, a la transformación de la realidad, ya que conocimiento y acción se encuentran indisolublemente ligados. Por tanto, resulta necesario rechazar una naturaleza estática, puesto que esta se entiende desde sus determinaciones históricas. En ese sentido, la singularidad del capitalismo, su auge² y su acumulación primitiva, que provoca que el capital venga al mundo “chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza a los pies” (2009b, p. 950), llevan a una relación con la naturaleza completamente diferente a la de anteriores modos de producción. El joven Marx (Foster, 2000, p. 131) ya comprende que la alienación capitalista encuentra su correlato en la naturaleza. La alienación del trabajo, que consiste en encontrarse como un extraño en el propio cuerpo cuando se trabaja, se vincula a la transformación de la relación entre el ser humano y la naturaleza. Así, la desposesión que sufre la clase trabajadora es doble: por un lado, son despojados de su relación con la naturaleza; por otro, su única mercancía es su fuerza de trabajo. De esta forma, la clase trabajadora se ve obligada a venderse en las fábricas, creando un proletariado industrial forzado a vivir (y convivir) con los efectos nocivos de la monopolización de la tierra perfeccionada por el orden burgués. Es esta doble alienación la que lleva al joven Marx a afirmar la igualdad entre naturalismo y humanismo. Lo que implica que la liberación de la naturaleza se encontraba ligada a la liberación del ser humano, y viceversa.

Frente a Feuerbach (Foster, 2000, p. 181), el materialismo práctico de Marx pasó a centrarse en la historia, destronando a la naturaleza como el centro de atención, aunque la relación entre ambas se mantuviera y sea clara. El elemento conector entre estos ámbitos será el metabolismo, el “conjunto de necesidades y relaciones, complejo, dinámico, interdependiente, que se originaba y se reproducía constantemente, en forma alienada, bajo el capitalismo” (Foster, 2000, p. 244). Esto significa que el metabolismo expone la interacción existente entre la naturaleza externa al ser humano y la sociedad. Es decir, el concepto de metabolismo nos permite comprender las formas históricas en las que se ha desarrollado la relación entre los seres humanos y la naturaleza, mostrando

¹ Véase Galceran (1997), para dar cuenta de la relación de Marx y Engels con lassalleanos, socialistas de cátedra, Bakunin y toda la atmósfera obrera, especialmente de la Alemania del siglo XIX.

² Un auge que, como Meiksins Wood (2021) expone, no se da en la ciudad, sino en el campo, a través de una radical transformación de la propiedad y la relación con la tierra y la naturaleza, dejando atrás las tradiciones ancestrales en favor de una visión competitiva sujeta a los imperativos del mercado en el ámbito de la producción de alimentos.

cómo se imbrican. Y esta relación se ve de forma más clara en la cuna del capital: el campo y su antagonismo con la ciudad. Puesto que la industria de este modo de producción no hace más que adentrarse, cada vez de forma más agresiva, en la naturaleza, no tiene sentido entender la sociedad capitalista como una alejada de la naturaleza. De la misma forma que el capital intenta extraer la mayor cantidad de plusvalor de la clase trabajadora, este sistema de producción pretende adquirir la mayor cantidad de recursos naturales al menor coste. Sin embargo, se caería en un error al reivindicar una naturaleza anterior al capital. El discurso de Marx no busca el retorno a una virgen naturaleza ya inexistente, pues lo necesario pasa a ser cuestionar la calidad de la interacción del ser humano con la naturaleza, su metabolismo.

Esta tarea requiere que nos centremos en el antagonismo presente entre el campo y la ciudad, por dos motivos. En primer lugar, (Foster, 2000, pp. 216-219) este antagonismo evidencia las contradicciones presentes en la producción capitalista, ya que asfixia a los habitantes de las ciudades con su contaminación al tiempo que embrutece a los campesinos condenándolos al destierro de los centros de intercambio y conocimiento. En segundo lugar, acaba con el retorno de los recursos a la tierra que los produce, pues su venta se realiza a gran distancia de los espacios en los que se elaboran. No obstante, Marx y Engels no consideraban que la destrucción del medio ambiente fuera un problema acuciante en su tiempo. Lo tenían presente, aunque el movimiento revolucionario no necesitaba gravitar alrededor de este. Las contradicciones ecológicas serían solventadas en la sociedad postcapitalista³. A pesar de este carácter secundario, la indagación de Marx sobre la relación con la naturaleza se profundizará en su madurez con su desarrollo de la interacción metabólica y el estudio de la agricultura. Pero el joven Marx ya se preocupaba por la naturaleza, a pesar de que subsumiera esta preocupación al triunfo revolucionario, y la presentaba como un elemento relacionado con sus presupuestos filosóficos. Una relación que también encontramos en el capítulo I del tomo I de *El Capital*:

el trabajo es [...] condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza. [...] Ese trabajo de transformación se ve constantemente apoyado por fuerzas naturales. El *trabajo*, por tanto, *no es la fuente única de [...] riqueza material*. El trabajo es el padre de ésta, como dice William Petty, y la tierra, su madre. (Marx, 2008, p. 53).

Este fragmento ya da cuenta del desarrollo teórico de Marx respecto a su consideración de la naturaleza. Esta no es un elemento distanciado del núcleo de la producción. Ningún sistema de producción puede ser entendido sin comprender su relación con la naturaleza. El trabajo posibilita la relación metabólica entre naturaleza y humanidad, pero el trabajo está históricamente determinado por el modo de producción en el que se encuentra. Por tanto, si el trabajo es aquello que regula el metabolismo, también condiciona la forma en la que se concibe la naturaleza. Y, si el trabajo está ligado al modo de producción, podemos entender que el capital configura o modula la forma en la que observamos la naturaleza, impidiendo una visión inmaculada de la naturaleza. En ese sentido, la fractura metabólica (la ruptura del frágil equilibrio entre las naturalezas humanas y extrahumanas) será la cuña que permitirá llevar a cabo una interpretación que muestre los problemas y las consecuencias de la producción industrial capitalista a Marx.

³ Sin embargo, nuestro tiempo muestra la necesidad de acciones inmediatas ante los cambios a los que nos enfrentamos. Pero sigue siendo cierto que la “respuesta capitalista al cambio climático es un imperialismo verde depredador intensificado” (Dean y Heron, 2022, p. 13). Por eso es necesaria la construcción de un nosotros que “apoya una conciencia colectiva y la acción coordinada” (Dean y Heron, 2022, p. 19).

El trabajo (Foster, 2000, pp. 220-229), por tanto, es el elemento regulador de la interacción metabólica entre naturaleza y humanidad, lo cual debe observarse desde las condiciones históricas del capital. Al aterrizar estos conceptos en la producción capitalista, Marx se encuentra con una fractura sin solución en la interacción entre naturaleza y humanidad dentro del capitalismo. Que Marx sostenga que el capital provoca esta ruptura no implica que los modos de producción anteriores fueran armónicos con la naturaleza, sino que es destacable el carácter nocivo del capital y su capacidad para intensificar el deterioro del metabolismo. Por este motivo, el capital no puede sostener tal relación, puesto que “superaría por completo las posibilidades de la sociedad burguesa” (Foster, 2000, p. 221). Así es como Marx, junto a la crítica de la teoría de la renta de David Ricardo y el estudio de la agricultura, puede elaborar una crítica a la degradación capitalista de la tierra y la naturaleza⁴. Frente a procesos naturalizadores de los límites del capital en la producción agrícola (como los de Malthus), Marx se sirve de James Anderson para recordar que el aumento de la fertilidad de la tierra se basa en prácticas agrícolas sostenibles y racionales, lo que contradice el antagonismo entre ciudad y campo y la autovalorización del capital. La disminución de la fertilidad surge tanto por conflictos respecto a la inversión en la tierra como por prácticas de no retorno de los nutrientes relacionadas con la separación de los espacios de producción de los lugares de consumo. Es el sistema agrícola capitalista el culpable de las posibles insuficiencias de la producción, no la agricultura como elemento ahistorical.

En este sentido, el estudio de Marx (Foster, 2000, pp. 232-240) sobre la relación entre naturaleza y humanidad (que encuentra su punto de unión más claro en la agricultura) se servirá del pensamiento de Justus Liebig, del que extraerá muchos elementos que formarán su juicio acerca de la naturaleza, la fertilidad y la tierra. Liebig, con su libro *La química orgánica y sus aplicaciones a la agricultura y la fisiología* de 1840, ya señala que la fertilidad del suelo se encuentra condicionada por el nutriente menos abundante. Esto es importante, puesto que las inercias capitalistas suponían un duro revés para la revitalización de la fertilidad del suelo (la rápida recuperación de la fertilidad al reponer el nutriente más escaso reincide en la mayor pobreza general del suelo tras su extracción). Liebig acabó señalando la necesidad de una agricultura racional que no se basara en la sustracción continua de los elementos del suelo. Estas ideas reforzaron la concepción de Marx sobre la fractura metabólica, haciéndole sostener que el sistema capitalista no solo roba la plusvalía de los trabajadores, sino que también le “roba” a la tierra y evita que conserve su capacidad de reproducirse. De esta forma, la sociedad capitalista rompe la interacción que se mantiene entre naturaleza y sociedad, haciendo de la agricultura algo insostenible. La relación con la naturaleza se quiebra al constituirse a través de la apropiación indiscriminada de fuentes materiales, condicionando el desarrollo humano, puesto que el trabajo es

un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en el que el hombre medio, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. [...] Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. (Marx, 2008, pp. 215-216)

Marx demuestra así que la degradación de la naturaleza se liga a la degradación humana. Por ese motivo, una sociedad racional debe controlar el metabolismo natural evitando que actúe de forma anárquica, algo que un sistema de producción orientado a la satisfacción

⁴ Véase la sección séptima en Marx, *El capital*, Libro primero, volumen II, 2009a, así como el capítulo VI de la sección primera en *El capital*, Libro tercero, volumen VI, 2009b y la sección sexta de *El capital*, Libro tercero, volumen VIII, 2009c.

de demandas y no de necesidades no puede cumplir. En definitiva, los desfases de la relación entre el ser humano y la naturaleza se ejemplifican en la fractura metabólica presente en el capitalismo. La sostenibilidad que necesita la naturaleza desaparece en este sistema, ejemplificándose en el robo como *modus operandi* de sus diferentes esferas de producción y apropiación. Además, observamos que la sostenibilidad se vuelve clave para el Marx más maduro, aunque comprendiera la poca utilidad de este concepto en el capitalismo dados sus principios rectores. En última instancia, este repaso del interés de Marx por el metabolismo natural en el sistema de producción capitalista (Foster, 2000, pp. 257-258) muestra la necesidad de una concepción más amplia de valor, centrada principalmente en los valores de uso y no en los de cambio. Esto implica que una caracterización de Marx como un industrialista ajeno a los límites de la naturaleza es incorrecta. De hecho, podemos observar que era alguien preocupado por la necesidad de controlar el uso de los recursos naturales (tarea que el socialismo debía atajar). El desarrollo técnico y científico del capitalismo debía actuar en beneficio de los seres humanos, regulando su metabolismo y eliminando uno de los elementos centrales del capital: la alienación respecto a la naturaleza. Así, Foster considera que la indagación de Marx acerca de la agricultura y la relación del capital con la tierra muestra la importancia que el pensador alemán daba a la alienación del ser humano con la tierra.

3. La crítica al dualismo Naturaleza/Sociedad de Jason W. Moore⁵

Jason W. Moore (2020, pp. 15-23) considera que una de las faltas de los análisis ecológicos anteriores es el llamado binomio cartesiano. Todos los intentos por entender la relación existente entre la naturaleza externa al ser humano han considerado, aunque fuera tácitamente, que naturaleza y humanidad son dos elementos independientes y externos. La Naturaleza es concebida como algo que está fuera y que puede ser explotado o conservado. El problema del binomio cartesiano es que es incapaz de comprender cómo se desarrolla realmente la economía y la naturaleza. Ambas se encuentran conectadas y son interdependientes, de tal forma que cualquier sistema de producción conlleva una forma de organización de la naturaleza y sus elementos. Así, el binomio cartesiano no es solo empíricamente falso, sino que también es incapaz de dar cuenta de la serie de crisis convergentes presentes en nuestro tiempo⁶.

La propuesta de Moore pasa por la introducción de la “trama de la vida”⁷. Las propias organizaciones humanas son producto de la interacción entre las naturalezas humanas y

⁵Somos conscientes de las polémicas existentes entre Foster y Moore, así como las escuelas de pensamiento tras ambos. Sin embargo, creemos que este no es el lugar (ni por espacio ni por temática) para abordar esas cuestiones. Baste con señalar, como hacemos posteriormente, que creemos que el concepto del binomio cartesiano de Moore debe tratarse con mayor delicadeza al otorgárselo a otros pensadores como Moore. La existencia de sociedades donde se realice una diferencia tajante entre Naturaleza y Sociedad no puede hacer que la idea dualista sea imputable a quien utilice la naturaleza y las sociedades humanas como categorías analíticas para dar cuenta de la relación entre ambos elementos, puesto que Moore tampoco se libraría de ese dualismo.

⁶Moore comprende que Foster, recuperando la idea de la fractura metabólica, favorece el reforzamiento del binomio cartesiano, evitando una comprensión que lleve a una síntesis dialéctica y cocreadora de naturalezas humanas y extrahumanas. Sin embargo, creemos que es necesario entender el metabolismo desde la explotación humana y extrahumana y la transgresión de los límites con los que el capital se ha encontrado. En ese sentido, no debemos ver la fractura como una separación entre Naturaleza y Sociedad, sino como la coproducción de un nuevo medio ambiente que trae consigo cambios en la interacción entre las naturalezas humanas y extrahumanas (Cfr. Moore, 2020, pp. 103-105).

⁷La trama de la vida es entendida por Moore como la totalidad de seres que componen nuestro mundo. Es decir, es un concepto amplio de naturaleza, que incluye tanto a seres humanos como extrahumanos y que

extrahumanas. Así es como se establece la doble internalidad que caracteriza el pensamiento de Moore. La historia consiste en la humanidad-en-la-naturaleza y la naturaleza-en-la-humanidad. Los desarrollos y fuerzas humanas son, por tanto, fuerzas naturales. Así, para Moore, se habilita una concepción del mundo que abre el camino a una transformación social que vaya más allá del binomio cartesiano. Toda esta idea queda conceptualizada con el *oikeios*, la “relación que incluye a los seres humanos y a través de la cual la organización humana evoluciona, se adapta y transforma” (Moore, 2020, p. 23). El *oikeios* (Moore, 2020, pp. 54-60) puede ser entendido como la matriz donde se desarrolla el ser humano y el resto de la naturaleza. Los modos de producción humanos son productores y productos de *oikeios*, por lo que el capital juega un papel importante en la transformación de aquél, al mismo tiempo que es su resultado. El capitalismo es una forma de producir naturaleza, es una específica unión dialéctica entre naturaleza humana y extrahumana, lo que nos lleva a una consideración dinámica de la naturaleza. Eso no supone la existencia de una agencia natural, sino que la agencia surge de la relación existente entre naturalezas humanas y extrahumanas, siendo una propiedad relacional.

Para Moore (2020) las remodelaciones capitalistas de la naturaleza buscan favorecer la siempre creciente acumulación de capital. Este sistema se caracteriza por llevar a cabo una serie de reestructuraciones del espacio para contribuir a un mayor flujo de capital en menor tiempo. Se busca que la naturaleza extrahumana trabaje para el capital y este labora para que aquella otorgue cada vez más parte de sus dones al mismo o menor coste. La viabilidad del sistema capitalista depende de que la ratio explotación/apropiación sea lo más baja posible. La apropiación sería el proceso por el que los flujos de trabajo no remunerado mantienen la reproducción de la fuerza de trabajo y su explotación. Por tanto, la Naturaleza Barata es la base no reconocida, valorizada o remunerada de la producción. Esta Naturaleza Barata está compuesta por la fuerza de trabajo, la materia prima, los alimentos y la energía: los Cuatro Baratos. La Naturaleza Barata se consigue a través de grandes rondas de apropiación que permiten la abundancia de estos recursos, manteniendo su bajo coste. La consecución de la Naturaleza Barata se realiza con movimientos de expansión de las fronteras de apropiación o también mediante la desposesión de grupos sociales. En ese sentido, la ausencia de estos Cuatro Baratos implicaría una crisis producida por un modo de producción capitalista obligado a afrontar los costes de su mantenimiento y expansión. Así, las distintas fases del capitalismo se han orientado a la resolución de los límites del *oikeios* histórico. Las revoluciones de diferente tipo han servido a la remodelación del *oikeios*, buscando mantener la apropiación barata de la naturaleza (Moore, 2020, p. 181).

Esta caracterización (Moore, 2020, pp. 65-66) muestra que el sistema capitalista abarca los procesos de control y racionalización de la naturaleza, sin obviar la capacidad de esta para condicionar el desarrollo humano. En ese sentido, la relación entre naturaleza y sociedad es de mutua coproducción. Por tanto, el sistema capitalista consiste en la profundización de la acción humana en la trama de la vida. De lo que se sigue que el binomio cartesiano es incapaz de comprender el desarrollo del capital hasta nuestro tiempo y nuestras crisis. Aterrizar al ser humano en la trama de la vida conlleva entender que los cambios naturales y la coproducción de una naturaleza hostil se encuentran ligados a las relaciones de clase. Ya sea en las cada vez más frecuentes catástrofes de nuestro tiempo, producto de una clase capitalista dirigida a la consecución cortoplacista de beneficio, u observando los desarrollos históricos que nos han llevado a esta situación, vemos que las relaciones de clase impregnán las distintas interacciones entre naturalezas humanas y extrahumanas a nivel mundial.

no ve la naturaleza como algo ajeno a los primeros. La trama de la vida muestra que hay naturaleza fuera, con y dentro de la humanidad (Cfr. Moore, 2020, p. 17).

De lo que se trata, en definitiva, es de hacer justicia a la idea que hemos expuesto a la hora de caracterizar la naturaleza en Marx como una en la que la humanidad está inserta en la naturaleza y su historia está ligada a la historia natural. Así, el problema ecosocial de nuestro tiempo se relaciona con los esfuerzos a los que se encuentra sometida la naturaleza para el mantenimiento del capital. La clave está, para Moore, en la producción de naturalezas extrahumanas que sean emancipadoras. Por otro lado, la consideración capitalista de la productividad del trabajo como la única forma de creación de valor trae consigo grandes problemas para su mantenimiento en nuestro tiempo. Si la fuerza de trabajo es la única productora de valor, el sistema tenderá a la maximización de su productividad. Para eso, los movimientos de acumulación de trabajo aumentan en tamaño e intensidad para facilitar la reproducción de la fuerza de trabajo, lo que reincide en la necesidad creciente de los Cuatro Baratos. Así, nos encontramos con que “la historia del capitalismo navega a través de islas de producción de mercancías y avanza en mares de trabajo/energía no remunerado” (Moore, 2000, p. 75). Por ese motivo, el avance del capital provoca la canibalización de sus procesos de apropiación al mismo tiempo que se va encontrando con límites para las subsiguientes rondas expansivas de apropiación. En pocas palabras, el capital es, cada vez más, incapaz de reorganizar la naturaleza.

Este proceso de reorganización de la naturaleza va de la mano de la expansión (Moore, 2000, p. 81) de las fronteras mercantiles y, por tanto, de la expansión de los límites de apropiación (una mayor cantidad de trabajo necesita de mayores insumos de los Cuatro Baratos). Así, la ley del valor se encuentra aparejada al “afuera” de la producción, a la composición de la Naturaleza Barata. Sin ella, el aumento de los costes de producción sería perjudicial para el movimiento de autovalorización del capital. De esta forma, observamos que el proceso económico necesita de movimientos extraeconómicos que lo sustenten. Por tanto, las distintas revoluciones (políticas, científicas, tecnológicas), orientadas a una expansión de la producción/apropiación, muestran que los procesos políticos y sociales están determinados por la producción capitalista. En ese sentido, la pugna por la extensión constante de la jornada de trabajo para “reivindicar” los derechos del capital como comprador de la fuerza de trabajo muestra cuál es la actitud del capital respecto a la clase trabajadora. Actitud extrapolable a su relación con la naturaleza:

contra la muerte prematura y el tormento del trabajo excesivo, responde el capital: ¿Habrá de atormentarnos ese tormento, cuando acrecienta nuestro placer (la ganancia)? [...] La libre competencia impone las leyes inmanentes de la producción capitalista, frente al capitalista individual, como ley exterior coercitiva. (Marx, 2008, pp. 325- 326)

Esto nos permite ver una relación entre la intensificación de la producción y los movimientos de apropiación. Aquel proceso, que termina con el agotamiento de las fuerzas de producción, necesita de la constante expansión del capital, buscando y dominando aquellos espacios que le puedan servir como fuente de trabajo no remunerado y que, por tanto, le permitan aumentar su adquisición de fuerza de trabajo. Además, el binomio cartesiano facilita (Moore, 2020) la explotación y racionalización de la Naturaleza Barata al explicitar una diferencia clara entre ambas partes, legitimando la apropiación de la Naturaleza en “beneficio” de la Sociedad. En ese sentido, Moore considera que la utilización del concepto de metabolismo en el pensamiento marxista ha solidificado una corriente historicista que es incapaz de comprender de qué forma se relacionan sociedad y naturaleza. Con el concepto de metabolismo, la una se añade a la otra sin tener en cuenta la relación dialéctica que se da entre ambas.

Frente a esta visión, Moore (2000, pp. 118-120, 130-133) muestra que la relación entre ambas es esencial. El desarrollo capitalista necesita de un excedente ecológico, un desequilibrio entre apropiación y explotación en favor de la primera. La ampliación de las fronteras de apropiación permite la captación de una Naturaleza Barata que contribuye al excedente ecológico que, a su vez, proporciona una explosión de naturaleza aprovechable para la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, como es posible vislumbrar, este proceso no se puede mantener infinitamente. La expansión de los mercados y de la apropiación debe encontrar algún límite. Uno de ellos es un sistema capitalista hipertrofiado incapaz de adquirir los insumos de materias primas que su línea de producción exige. Así, siempre acecha el problema de la infraproducción por falta de Naturaleza Barata. Esta cuestión lleva a la pretensión alquimista del capital: los Cuatro Baratos deben ser intercambiables. La Naturaleza debe ser completamente moldeada en favor de los deseos del capital. No obstante, los intentos taumatúrgicos de nuestro tiempo, como la financiarización y los proyectos de Dinero Barato, no parecen traer consigo el boom de productividad que anteriores revoluciones capitalistas han conseguido invocar. Lo que significa que el capitalismo, como *oikeios*, empieza a dar señales de fatiga.

Pero también observamos (Moore, 2000, pp. 187-189) que infraproducción y sobreproducción se encuentran ligadas. Por un lado, tenemos la escasez de materias primas (en relación al trabajo) que suministrar a un capital listo para la producción. Por otro lado, los procesos de capitalización de la naturaleza terminan con un excedente de capital sin inversiones rentables, puesto que no es capaz de apropiarse de Naturalezas Baratas con la velocidad a la que lo hacía anteriormente. Es más, ahora el capital se enfrenta a erosiones en la relación capital-trabajo por esa misma incapacidad para aumentar la ratio de acumulación. Históricamente, el capital ha solventado los peligros de las crisis de infraproducción gracias a su ingente y continua apropiación y explotación (siempre existía una frontera natural y social que se podía transgredir), haciendo que las más relevantes fueran las crisis de sobreproducción. Este gran aumento de la frontera de apropiación está ligado a un desarrollo tecnológico que permitió la globalización del capital a finales del siglo XIX. Esta estrategia ha sido exitosa hasta ahora, pues el *ethos* capitalista, con sus procesos de capitalización, conduce a un aumento de los costes a medio plazo al agotar el trabajo no remunerado. Por tanto, las dinámicas del capital buscan una naturaleza capaz de adecuarse al ritmo siempre creciente de la producción capitalista. Los problemas de la capitalización de la naturaleza se resolvían con nuevas naturalezas que disolvían la presión sobre naturalezas ya apropiadas. Sin embargo, el modelo expansionista, característico del capitalismo, ya no se sostiene. La expansión geográfica es finita y ahora comenzamos a cosechar sus consecuencias. Estas expansiones han creado “vientos de cola” que culminan en mayores perjuicios a largo plazo.

Poder, conocimiento y producción están ligados a la acumulación del capital. El éxito de esta trinidad trae consigo, según Moore (2002, pp. 181-186), los Cuatro Baratos. Cada revolución constituye una naturaleza histórica cada vez más globalizada, lo que consigue evitar el aumento de la composición orgánica del capital. El secreto del capitalismo ha sido su apuesta por la apropiación: la expansión de la frontera unida a la innovación. La crisis surge cuando un modelo de organización de la naturaleza y la interacción de las naturalezas humanas y extrahumanas deja de mantener el ritmo creciente de productividad respecto al capital acumulado. Hoy, la desposesión libera fuerza de trabajo e insumos a un coste muy bajo, aliviando la sobreproducción capitalista ante el vaciamiento de las economías reales. El excedente de capital no encuentra lugar en la economía real donde invertir con viabilidad, por lo que tiende a las finanzas. Así, las posibilidades de apropiación descienden mientras que su demanda aumenta y los

movimientos de capitalización (introducción en el mercado de áreas anteriormente no mercantilizadas) no sacian esa demanda.

De esta forma, el capital teje y es tejido por las naturalezas que coproduce. Vemos que tiene sentido considerar que las economías son ecologías, formas de ordenamiento de la naturaleza. Sin estos procesos de clasificación y ordenación de la naturaleza no podría existir el trabajo social abstracto. Este se basa y contribuye a estas taxonomías. El trabajo social abstracto es en sí mismo una frontera divisoria entre el mundo mercantilizado y el no mercantilizado. Pero esta ordenación de la realidad por parte del capital se encuentra con resistencias. No solo la lucha de clases niega frontalmente la ordenación capitalista, sino que las realidades extrahumanas también se “rebelan”. Estas evolucionan, como señala Moore (2020, pp. 237-240), con mayor rapidez que las estrategias de control del capital. Y, ahora que no es viable una nueva expansión geográfica, el capital debe afrontar sus consecuencias, debe pagar sus facturas, lo cual va contra su propia lógica. El sistema capitalista siempre busca “simplificar las naturalezas y extender el dominio de apropiación más rápido que la zona de explotación” (Moore, 2020, p. 253). Sin embargo, la caída del excedente ecológico va de la mano del aumento del precio de los Cuatro baratos. Esto indica el fin de un régimen de acumulación, lo cual está ligado a la disminución de inversiones de capital provechosas en la economía real. Esta reducción del excedente ecológico lleva a la capitalización del trabajo y la naturaleza, por lo que la conexión entre la alienación del trabajo y de la naturaleza que Marx señalaba en su concepción de la naturaleza encuentra su correlato en nuestro tiempo. Es más, el “capital tiende a anular el espacio a través del tiempo” (Marx, 1977, p. 494) lo que implica que las naturalezas deben adaptarse a los ritmos del capital. Este, por tanto, está inmiscuido en la coproducción de naturalezas históricas afines y beneficiosas para sus ritmos.

No obstante, en nuestro siglo no surge una revolución de la productividad (Moore, 2020, pp. 297-301, 318-321), por lo que esta se volvió a estancar. Ahí entra en juego el Dinero Barato, que consigue mantener la producción en la época neoliberal. Además, el Sur Global fue obligado a mantenerse dentro del mercado mundial, lo que llevó a una competencia alimentaria inasumible que desplazó a millones de campesinos a la ciudad, consiguiendo, una vez más, Trabajo Barato. Sin embargo, en el inicio del siglo XXI, el régimen de la Naturaleza Barata está llegando a su fin. La agricultura recurre a agentes tóxicos frente a una naturaleza (tanto humana como extrahumana) que comienza a enfrentarse a los desarrollos capitalistas. Así surge el valor negativo: los elementos perjudiciales producto del desarrollo capitalista que ahora, incapaz de aumentar la velocidad de apropiación, debe tener en cuenta. El valor negativo siempre existió, pero los movimientos de acumulación conseguían deshacer sus efectos. La naturaleza como sumidero ha terminado infestando la naturaleza como fuente. La trama de la vida se desestabiliza, dificultando la acumulación de capital.

De esta forma, para Moore (2020), los alimentos y la biosfera se convierten en los puntos clave de un posible discurso emancipador. Es necesario entrar en el debate por un nuevo *oikeios*, por una nueva organización de las naturalezas humanas y extrahumanas que no esté orientada a la acumulación de capital. La arena política entra, por tanto, en términos ontológicos. Hemos de darnos una relación entre las naturalezas que sea sostenible y que decida dar valor a unas relaciones de producción sanas y equitativas. El fin de la Naturaleza Barata implica, para Moore, el fin del capitalismo como régimen de ordenación de la naturaleza, la cual existe más allá de su relación con las diferentes sociedades, pero solo podemos percibir la naturaleza a partir de estas, es decir, como naturaleza histórica.

3.1 Colapso y ocaso del sueño globalizador

La idea que se mantiene a la base del pensamiento Moore (el capital se ha expandido y ha cooptado todas las esferas que ha podido), nos permite hacer una pequeña digresión acerca de cuáles son las formas en las que el sistema capitalista intenta capear los vientos de cola que Moore señala al realizar su descripción del *oikeios* capitalista. El objetivo de este apartado es, de la mano de Jamie Merchant, examinar las consecuencias actuales de que el sistema en el que vivimos, orientado a la expansión constante de sus mercados, se encuentre con una ralentización que no parece tener visos de revertirse. A este respecto, a partir de la obra de Merchant podemos considerar que la cronificación de la crisis capitalista supone la ruptura de los bloques internacionales clásicos heredados de la Guerra Fría. Es decir, Occidente ya no se presenta como una entidad que, más allá de sus fricciones, actúa de forma conjunta. Lo que nos encontramos es el enrocamiento de sus partes, dándose a posturas chovinistas con el objetivo de revertir “una composición orgánica crecientemente más alta del capital global, cuya consecuencia directa es que la tasa del plusvalor [...] se expresa en una tasa general de ganancia constantemente decreciente” (Marx, (2009b, p. 271). En pocas palabras, el nacionalismo económico que las potencias capitalistas pretenden aplicar, con mayor intensidad desde la pandemia de 2020, busca deshacerse de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Este es precisamente el nexo que encontramos entre Merchant y Moore. Ambos entienden que el capital se encuentra en una situación crítica en lo que respecta a su capacidad para producir beneficios. Un aumento explosivo de la producción no aparece a pesar de las grandes inversiones en pos de ello. Ante esta situación, los diferentes Estados buscan dilatar la caída a través de una mayor intervención de la economía. Esta pretensión, aunque pudiera parecer positiva para ciertos sectores transformadores, no deja de basarse en posicionamientos chovinistas donde se defienden “los intereses de la clase trabajadora nacional (¡migajas durante un par de años!) a costa de la clase trabajadora global” (Merchant, 2025, p. 7). Y todo ello encuadrado en un momento de disminución del retorno de las inversiones de capital. Esta tendencia decreciente de la tasa de ganancia se vio suavizada por los procesos de deslocalización que permitieron la explotación de una mano de obra barata, la cual se vio ligada a “un superciclo de productos primarios, energías y exportaciones de materias primas de América del Sur, Oriente Medio y África” (Merchant, 2025, p. 142). Es decir, volvieron a presentarse los Cuatro Baratos como la condición necesaria para la rentabilidad de la producción capitalista. Sin embargo, el sueño fue efímero y los beneficios de la exportación de la explotación comenzaron a desacelerarse una vez que los Cuatro Baratos volvieron a encarecerse. Así, el camino que se presenta para los nuevos nacionalismos económicos (Merchant, 2025, p. 200) no es otro que el de la financiarización como la vía de escape frente a un panorama productivo incapaz de satisfacer las necesidades del capital.

No se trata de un giro radical en el que el Estado toma los mandos de la economía en busca de la mejora de la vida de las clases populares, sino de unos dirigentes que achican agua con el objetivo de retrasar indefinidamente el hundimiento del barco. De hecho, uno de los peligros que supone el apoyo a este Estado interventor por parte de posicionamientos transformadores es que, para Merchant, implica la legitimación de marcos antiinternacionalistas y reaccionarios. No obstante, no podemos entender el surgimiento del nacionalismo económico como una nueva antítesis de la globalización capitalista. Junto a un proceso globalizador, donde el individuo era el principal agente de acción (Merchant, 2025, p. 47-49), se erigía un conjunto de Estados que fraccionaban el espacio de actuación del individuo globalizado y, por tanto, competían entre sí en el mercado internacional. Esta mezcla de colectividad e individualismo es sostenible desde el nacionalismo económico si se entiende que la búsqueda del beneficio personal termina

ligándose a proyectos comunes sobre la base del Estado-Nación. Es decir, habría una especie de relación simbiótica entre el avance de la globalización y la presencia de los Estados, puesto que ambos elementos son entendidos como entidades dadas y, por tanto, con necesidad de coordinación. La globalización aparece como un proceso inevitable y producto del desarrollo natural humano, al tiempo que el Estado es una entidad perenne que salva cierto grado de colectividad. Estas dos ideas, aunque contrarias, se presentan como los dos extremos del péndulo en el que el desarrollo del capital se encuadra. Procesos globalizadores surgen de períodos estatistas y estos se revitalizan cuando los primeros pierden fuelle. En nuestro tiempo, la expansión de los mercados, como señala Moore, comienza a tambalearse ante una perspectiva donde la inversión de capital deja de ser rentable. De esta forma, tras agotar la expansiones horizontales y verticales de explotación y apropiación y cuando la introducción del mercado en el interior del individuo deja de satisfacer la necesidad del capital, el nacionalismo económico se presenta como una nueva (y vieja) solución al problema del decreciente beneficio del capital. Las fuerzas del Estado, en última instancia, serían capaces en nuestro presente de agudizar los procesos de explotación y apropiación ajenos al territorio nacional mientras que se disciplina a la población interna.

En ese sentido, Merchant (2025, pp. 54-58) describe este movimiento pendular inciándolo en los proyectos coloniales decimonónicos, con su carácter globalizador y la desintegración del capitalismo liberal durante las guerras mundiales. Tras este periodo, surge el Estado keynesiano como garante del bienestar de la población, tomando las riendas de importantes partes de la economía. Sería el proyecto neoliberal el que devolvería a la palestra la primacía del mercado y del individuo. Pero ahora que el proyecto globalizador flaquea, el Estado vuelve a presentarse como la institución capaz de arreglar los errores de la globalización. En última instancia, cada uno de estos movimientos es una nueva forma de gestionar la crisis del sistema capitalista. Aunque cada vez se encuentren con menos capacidad de maniobra ante unas naturalezas que ya no son capaces de amoldarse a los intereses del capital. La toma de los mandos por parte del Estado de un tren que no deja de desacelerar productivamente (mientras que se adentra cada vez más en la naturaleza de forma nociva) hace que el Estado tenga que volver a decidir entre las clases trabajadoras y los estratos burgueses más altos. Sin embargo, ante una situación de crisis como esta, la decisión se enmarca en un entorno de suma cero en el que “las ganancias de unos pocos solo se producen a expensas de la mayoría” (Merchant, 2025, p. 80). Los vientos de cola de sus acciones vuelven a atizar al capital. Lo especial de esta situación es que no hay (o no han sido capaces de encontrar) respiraderos por los que el capital sea capaz de dar con nuevas avenidas para la apropiación y la explotación. Eso significa que la fuente y el vertedero del capital se convierten en un mismo lugar, haciendo que sean las vidas de las clases trabajadoras las que empeoran mientras el sistema capitalista intenta mantenerse a flote. La caracterización que hace Merchant sobre el nacionalismo económico nos permite complementar el discurso de Moore, ejemplificando la manera en la que el desgaste del *oikeios* capitalista nos afecta en nuestro día a día. No es solo que el agotamiento de los recursos naturales en un sistema de crecimiento infinito sea teóricamente un problema, sino que vivimos y vamos a vivir en nuestras carnes las estrategias del capital para mantenerse con vida.

Estas pretensiones las encontramos en los intentos aislacionistas de las grandes potencias capitalistas occidentales. Un movimiento que tiene como objetivo el sostenimiento de los grandes capitales nacionales (Merchant, 2025, pp. 93-94). Las semejanzas con la atmósfera del siglo pasado son claras, aunque no sean totales. Si la expansión exterior a nuevas fronteras deja de ser viable, una introspección orientada al

fortalecimiento de las industrias nacionales se presenta como la contramedida adecuada en un escenario internacional cada vez más frágil. El objetivo sigue siendo el de aumentar el crecimiento económico ahora que los efectos negativos de la globalización comienzan a afectar a la burguesía occidental. La política de reindustrialización no hace más que señalar el hundimiento del proyecto globalizador. No se trata ya de la cooperación entre capitales internacionales en favor de un crecimiento coordinado, sino de la competición carroñera y las llamadas a “políticas agresivamente nacionalistas y de empobrecimiento del vecino que se suponía que el mundo había dejado atrás” (Merchant, 2025, p. 99).

Por tanto, tras la vuelta de los Estados al centro de la actividad económica no hay una preocupación por la situación ecológica de nuestro planeta. El análisis de Moore no se encuentra entre las preocupaciones de la clase capitalista. Es decir, el repliegue burgués no es producto de una comprensión del agotamiento del *oikeios* y en favor de un modelo social sostenible. Eso no significa que no sean conscientes de los problemas relacionados con el cambio climático. Lo que ocurre es que la crisis ecológica se presenta de la misma forma que lo hace el mercado o los Estados-Nación: una realidad sobre la que no puede hacerse mucho (Merchant, 2025, p. 98). El hiperrealismo capitalista permite que sociedades enteras caminen hacia el abismo si eso supone un aumento (o mantenimiento) del crecimiento económico. Además, de la misma forma que la vuelta de la globalización capitalista durante la segunda mitad del siglo XX no se desarrolló de igual forma que el capitalismo liberal decimonónico, el papel del Estado en nuestro tiempo (Merchant, 2025, p. 105) es diferente al del Estado keynesiano. En nuestro caso, el pacto capital-trabajo se encuentra completamente degradado (quizás porque carecemos de una fuerza negativa que muestre la importancia de ese pacto para la supervivencia del capital). Puesto que el objetivo de la introducción del Estado en la economía no es el de asegurar cierto tipo de distribución de la riqueza nacional, sino de mantener con vida al capital, no se trata de moldear a este para evitar sus efectos más perjudiciales. Ahora es suficiente con que no entre en quiebra. De ahí la conexión existente entre el análisis de Moore y el de Merchant. Ambos dan cuenta de un ocaso del modo de producción capitalista (Moore con una mayor gravedad que Merchant). Una crisis que, a pesar de los matices entre ambas visiones, es diferente a las anteriores a las que se ha visto sometido el capital. Ya sea por la incapacidad para encontrar nuevas maneras de solventar el problema de la producción o por el encuentro con límites naturales que no parece capaz de sobrepasar, los dos autores coinciden en el estado crítico del capital.

Todo esto da cuenta de la íntima relación existente entre la economía y el Estado capitalista. Lo cual no deja de ser importante para el tema que estamos tratando. Puesto que si el *oikeios* capitalista está en crisis y sus diferentes aspavientos no consiguen sacudir este problema, confiar en los Estados capitalistas profundamente imbricados en esas dinámicas no parece una buena idea. Es decir, aunque el análisis de Merchant pueda parecer alejado de la temática principal de este trabajo y de la cuestión de la relación entre marxismo y ecología, hemos de recordar que ya Marx señalaba que la relación entre el ser humano y la naturaleza externa a este se lleva a cabo mediante el trabajo. Eso quiere decir que es en la producción donde encontramos la interacción más intensa entre esas dos partes. Y si los Estados ahora buscan tener un mayor papel en la economía, el pensamiento ecológico necesita dar cuenta del papel del Estado en el presente. Por eso se vuelve necesario comprender las características de nuestro tiempo. De lo contrario, no seremos capaces ni de llevar a cabo prácticas que permitan una relación armoniosa con la naturaleza ni de realizar una crítica capaz de comprender las circunstancias contemporáneas. Frente a una visión del Estado como una entidad neutral capaz de organizar y administrar las esferas de la vida con una distancia aséptica, hemos de comprender la implicación de los Estados capitalistas en la situación en la que nos

encontramos (Merchant, 2025, p. 125-126). Eso supone rechazar esta nueva etapa de nacionalismos económicos que señala Merchant, puesto que no serán capaces de cumplir los sueños socialdemócratas de reparto de las riquezas debido a la crisis en la propia relación entre el capital y la naturaleza.

La repetición de las prácticas keynesianas, esta vez con el bienestar empresarial por delante, es un espejismo que solo puede convencer a sus feligreses. Eso no significa que no sean necesariamente populares, pero se sustentan en un proyecto caníbal que depende de la competencia entre Estados donde solo los más fuertes pueden sobrevivir algo más de tiempo. Esto supone varias cosas. Por un lado, que sería un error ver la introducción del Estado capitalista en las finanzas como la vuelta de un Estado de Bienestar donde lo que prima es la prosperidad de la población. No porque estos no sean los deseos de cierta clase política, sino porque, en última instancia, el Estado burgués vela por su clase, aún más si no hay capacidad de respuesta por parte de las clases trabajadoras. Por otro lado, que la pretensión de Moore del traslado del discurso político a un plano ontológico entra de lleno en un análisis como este. Frente al inmovilismo capitalista, en el que no podemos más que “satisfacer por encima de todo a los dioses del crecimiento” (Merchant, 2025, p. 52); donde la realidad está compuesta de hechos ineludibles, dados y estancos, resulta necesario plantearse nuevas relaciones con la naturaleza, la producción y lo social. Es decir, urge una nueva forma de interacción con la naturaleza por la que seamos capaces de reformular todos estos conceptos que determinan nuestras vidas y que se nos presentan como entidades ajena a nuestra capacidad de acción. Eso implica también el análisis de Moore: replantearnos la misma manera en la que vivimos nuestro día a día. Proponer nuevas maneras de hacer frente a nuestra relación con el resto de la naturaleza de una forma no reificada. Es decir, de una manera en la que nuestras propias producciones no adquieran vida y controlen la forma en la que nos relacionamos con ellas. Ante las propuestas del capital para capear los problemas producto de su propio funcionamiento, tal vez lo que nos encontramos es que “la única solución es salir del frasco, o tal vez romperlo” (Merchant, 2025, p. 105).

4. ¡Marx vive!: la indagación ecológica en Marx por Kohei Saito

Saito lleva a cabo un estudio de la obra de Marx que mantiene los puntos cardinales presentes en lo expuesto en el apartado de Foster: el pensamiento de Marx no debe verse como un monolito estático, sino que es necesario que comprendamos las evoluciones por las que pasa su pensamiento. Saito entra, tanto de forma implícita como explícita, en polémica con los planteamientos de Moore, principalmente respecto a la crítica de este en referencia a la fractura metabólica y la forma en la que esta es incapaz de demostrar cómo se relacionan las naturalezas humanas y extrahumanas o, por lo menos, cómo los ecomarxistas modernos no la han comprendido correctamente. Sin embargo, de estas diferencias no podemos inferir una ruptura entre la forma de entender el pensamiento de Marx respecto a la naturaleza de Foster-Saito y los desarrollos de Moore. De hecho, encontramos muchas más semejanzas que desavenencias. Coincidem en que la elasticidad de la naturaleza y del capital necesariamente encuentran su fin en el carácter finito de la biosfera. En esta relación histórica entre seres humanos y naturaleza, el carácter diferenciador del capital se encuentra en su tendencia mundializadora. “Todo límite se presenta como un límite a superar. Ante todo, el capital tiene la tendencia de someter todo momento de la producción al cambio” (Marx, 1977, p. 358), lo que implica que a la explotación de la naturaleza en esta expansión le sigue que “la producción del hombre como un producto social total y universal en la mayor medida posible [...] es también una condición de la producción basada sobre el capital” (Marx, 1977, p. 359). En pocas

palabras, el capitalismo se caracteriza por barrer las anteriores formas de vida y de producción, implantándose de forma mundial y creando consigo nuevas naturalezas y, en cierta medida, nuevos seres humanos. Este carácter expansivo contradice cualquier pretensión de una relación sostenible con la naturaleza.

En esta línea, las crisis ecológicas (Saito, 2022, pp. 132-133, 178) que puedan surgir de su modo de producción no llevan, al contrario de lo que deja entrever Moore, a su destrucción. Mejor dicho, la destrucción del sistema capitalista seguiría a la desaparición de la naturaleza humana. A pesar de (e incluso debido a) los desarrollos tecnológicos y las innovaciones que se llevan a cabo en el sistema capitalista, esta tendencia totalizadora del capital, en tanto que busca expandirse a todas las esferas de la vida natural y humana, deteriora la interacción metabólica entre el ser humano y la naturaleza. La lógica extractiva del capital modifica el metabolismo humano-naturaleza, llegando incluso a destruirlo. Esta fractura o destrucción de la relación entre naturaleza y ser humano no implica un fin real de la interacción entre ambas partes (solo posible con la desaparición de una o ambas), puesto que eso iría contra la propia consideración de Marx, que se encuentra en la base del pensamiento de Saito y Foster. Fractura y destrucción se refieren a una quiebra en la sostenibilidad de esa relación. El capital sigue incidiendo con fuerza en la naturaleza, buscando sobreponer sus límites. Precisamente el carácter del capital como producto y productor de naturalezas es el que provoca la quiebra del metabolismo entre las sociedades y la naturaleza. Es esa misma pretensión la que permite entender la relación metabólica como una fracturada.

La fractura metabólica deviene, según Saito (2022, pp. 148-153), un problema debido a que la producción de mercancías en el capitalismo no es ajena a la naturaleza. Esta, con sus fuerzas y propiedades, es una parte crucial de aquella. En ese sentido, el trabajo surge como la forma en la que una sociedad históricamente determinada media el metabolismo. Lo característico de nuestro sistema de producción es el trabajo privado, la ausencia de una asignación y distribución de la fuerza de trabajo. La interdependencia para la satisfacción de las necesidades de los distintos productores se contrapone al cálculo privado. No “se trata aquí de cómo esa cosa satisface la necesidad humana: de si lo hace directamente [...] o a través de un rodeo” (Marx, 2008, p. 43). La irracionalidad capitalista hace que la comunicación entre productores sea mediante el valor, el trabajo abstracto objetivado, lo que lleva a que este sea el elemento vertebrador del metabolismo con la naturaleza, situando la misma naturaleza y el trabajo concreto como elementos secundarios.

Estos son esenciales para el desarrollo capitalista, pero lo suficientemente adaptables a la intensificación capitalista, puesto que

la fuerza de trabajo, la ciencia y la tierra a él [el capital] incorporadas (y por tierra entendemos, desde el punto de vista económico, todos los objetos de trabajo existentes por obra de la naturaleza, sin intervención del hombre) son potencias elásticas del capital, las que dentro de ciertos límites, le dejan un margen de actividad independiente de su propia magnitud. (Marx, 2009a, p. 755)

De esta forma, la actuación del capital lleva a la erosión de la naturaleza y el trabajo. Proletariado y naturaleza no son más que portadores de valor que la lógica de corto y medio plazo capitalista explota sin tener en cuenta las consecuencias que surgen de la extenuación de los dos elementos clave de la producción.

En definitiva, nos encontramos con que este sistema (Saito, 2022, pp. 165-168, 170) impide la reproducción de la clase trabajadora y la naturaleza. Incluso el deseo capitalista

de la adecuación de los tiempos y espacios naturales y humanos a los ritmos siempre crecientes del capital nos muestra cómo se deteriora la relación humana con la naturaleza. Por tanto, las lógicas del capital no serían completamente entendibles si no introducimos el elemento metabólico. La solución de esta fractura metabólica no pasa por el ciego aumento de las fuerzas productivas, pues en el sistema capitalista eso implicaría un aumento de la erosión de la clase trabajadora y la naturaleza. En este sistema, es necesaria la coerción sobre el capital para tomar medidas contra la destrucción de los trabajadores y la naturaleza, ya que estos son considerados únicamente como trabajo abstracto y materias primas apropiables. Frente a la percepción capitalista de la clase trabajadora y la naturaleza como un activo más de los que dispone, Marx (2008, p. 364) ya muestra la necesidad de la acción de clase para defenderse contra la “serpiente de sus tormentos”. En ese sentido, encontramos en el alemán un interés constante por la jornada de trabajo y su reducción, es decir, un interés por el control racional de la producción.

En lo referente a la relación del ser humano con la naturaleza (Saito, 2022, p. 183), esta no puede solventarse dentro del sistema capitalista puesto que la alienación del trabajo y la naturaleza provocan una subordinación al desarrollo ciego del metabolismo. A pesar de las pretensiones omniabarcantes del capital, su negativa a un control racional de la producción hace que ni siquiera su relación con la naturaleza sea dominada. En ese sentido, una sociedad postcapitalista, caracterizada por la asociación de los productores, debe controlar el metabolismo, debe mantener esta relación con el mínimo gasto de fuerzas y en las mejores condiciones⁸ (Cfr. Marx, 2009c, p. 1044). Puesto que la estrategia del capital consiste en la intensiva explotación y el descubrimiento de nuevas naturalezas con el objetivo de mantener una producción masiva de mercancías que la población es incapaz de asimilar, el *ethos* del capital es: *après moi, le déluge*. No existe un plan alternativo en el capital, una forma de conciliar capitalismo y naturaleza. De hecho, nuestro tiempo muestra que, ante las consecuencias de unas naturalezas humanas y extrahumanas explotadas hasta el extremo, el capital se centra en la intensificación de esa misma explotación en busca de una nueva ventana por la que escapar del problema. El señalamiento de los límites de la mejora del suelo por parte de Liebig ya le mostraba a Marx la necesidad de una agricultura racional que el capital es incapaz de llevar a cabo (Saito, 2022, p. 211). Así,

la moraleja de la historia [...] es que el sistema capitalista se opone a una agricultura racional, o que la agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista (pese a que éste promueve su desarrollo técnico), y que necesita la mano de los pequeños campesinos que trabajan personalmente, o bien el control de los productores asociados. (Marx, 2009b, p. 150)

La agricultura capitalista agota el suelo, se constituye en agricultura del robo, que diría Liebig, puesto que es incapaz de reponerla, de ser sostenible. De hecho, la intensificación de la agricultura no hace más que empeorar su situación, ya que los fertilizantes químicos aportan beneficios parciales y logran robar más elementos al suelo. Al suplir la ley de mínimos de Liebig (el elemento de menor cantidad condiciona la fertilidad del suelo) lo que se consigue es vaciar aún más la tierra, haciendo de esta un elemento improductivo. La compensación de la tierra deja de ser rentable debido al aumento de la necesidad de fertilizantes. Lo que muestra que la agricultura sostenible no se puede ligar (Saito, 2022, pp. 217-219) al valor y el mercado. Además, las sociedades deben ver la tierra no como

⁸ Por tanto, Marx ya dejaba clara la cuestión de “si la naturaleza del socialismo es hacer lo mismo que el capitalismo, aunque mejor, o consiste en vivir otra cosa” (Sacristán, 1987, p. 129), que el desarrollismo del socialismo realmente existente olvidó en el siglo pasado.

una propiedad, sino como un legado a futuro, pues solo son “sus usufructuarias, y deben legarla mejorada, como *boni patres familias* [buenos padres de familia] a las generaciones venideras” (Marx, 2009c, p. 987).

El robo de la tierra y su vaciamiento provoca que campo y ciudad, pero también naturaleza y humanidad, se vean transformados a través de la agricultura y la industria a gran escala del capital. Sin embargo, para exponer de forma completa la visión de Marx respecto a la naturaleza es necesario mostrar la importancia de Carl Nikolaus Fraas en su pensamiento y las “tendencias socialistas” que Marx observaba en él. Fraas, con una visión que partía de la física de la agricultura y el cambio climático, consideró que lo esencial (Saito, 2022, pp. 298-323) no era únicamente el retorno de los nutrientes a la tierra, sino también los procesos de meteorización de esta y los beneficios de los aluviones. Es decir, Fraas ponía en relieve la acción de la naturaleza en la recuperación de la tierra. Por tanto, una cooperación entre seres humanos y naturaleza podía solventar, en cierta medida, los problemas agrícolas. Ya no se trataba del indefectible avance de la población humana hacia la insuficiencia alimentaria por su robo a la tierra, sino de encontrar formas agrícolas sostenibles que recuperaran el metabolismo natural. Fraas permite a Marx expandir el horizonte de su investigación, saliendo de las discusiones de corte malthusiano y comprendiendo la necesidad de una relación consciente y sostenible con la naturaleza más allá de la agricultura, como se muestra en cuestiones como la deforestación y la desertificación. De tal forma que la preocupación sobre la naturaleza se complejiza en los últimos años de Marx. Unos años en los que el viejo Marx también centra su atención en alternativas a los modos de organización capitalistas en un sentido histórico, observando sociedades precapitalistas y no europeas en donde podían encontrarse modos de relación sostenibles con la naturaleza. A tal punto llega este interés que Marx observa la chispa de la revolución socialista en las comunas arcaicas rusas⁹.

4.1. Marxistas, Marx y la carta a Michailovsky

Los últimos años de Marx no solo le permiten al alemán observar en retrospectiva su obra, sino que le muestran, aunque de forma somera, la tracción que sus obras (y las tergiversaciones de estas) tendrán en un futuro. Este apartado no busca realizar una biografía de la última etapa de Marx, sino mostrar la forma en la que este pensador daba cuenta de los matices de sus obras, especialmente en lo concerniente a las comunas arcaicas rusas y la capacidad de estas para transformar la sociedad de uno de los Estados más conservadores de Europa. Este trabajo en espiral del alemán, caracterizado por la vuelta a temas anteriormente tratados, aunque con una mayor profundización, lo expone Marcello Musto al señalar que

Marx no se sustrajo a la duda y, más aún, la desafió, eligiendo continuar la investigación y arriesgar la incompletitud, antes que refugiarse en las certezas del saber propio y conformarse con el juramento de fidelidad de los primeros «marxistas». (2024, p. 14, 2024)

En ese sentido, encontramos los apuntes que Marx realizó sobre el libro *La sociedad antigua* de Lewis Morgan, señalando el carácter patriarcal de la Grecia Antigua, el igualitarismo de las sociedades precapitalistas o el modelo que representaban para las sociedades futuras, aunque estas desarrollándose a un nivel diferente que aquellas (Musto, 2024, pp. 42-49). Lo que observamos es que el alemán mantiene hasta sus últimos años el interés por profundizar en numerosos ámbitos de la acción humana, afrontando su tarea

⁹ Véase especialmente “Karl Marx: The reply to Zasulich” en Shanin (1983, pp. 123-124).

intelectual y política, consciente de la complejidad de los temas a tratar y evitando, dentro de lo posible, los posicionamientos dogmáticos¹⁰. Sin embargo, el tema a tratar aquí es la polémica que Marx mantuvo con los populistas y los “marxistas” rusos acerca de su posicionamiento sobre la comuna arcaica rusa u *obshchina* y que provoca la escueta carta que Marx manda a Zasúlich y la que pretendía dirigir al director de *Otiechéstvennie Zapiski*. Si bien es cierto que en ambas Marx señala su interés por las comunas, así como la capacidad de estas para cambiar la trayectoria de Rusia, es en esta segunda donde encontramos más información sobre el posicionamiento de Marx respecto a la posibilidad de que diferentes sociedades fueran capaces de superar la etapa del modo de producción capitalista sin entrar (al menos parcialmente) en él. Todo ello hace necesario una exposición de la polémica de Marx en Rusia y el papel que termina tomando la comuna rusa en la cosmovisión marxiana. Este desvío nos permite fundamentar las pretensiones ecomarxistas de este trabajo en algo más que en una utilización y reinterpretación de la obra de Marx al tiempo que da cuenta de una veta en el propio pensamiento de Marx donde capital, emancipación y sostenibilidad no necesitan seguir una secuencia predeterminada para todas las naciones. En definitiva, nos permite deshacernos de una interpretación del pensamiento de Marx en la que el modo de producción capitalista tuviera que desarrollarse completamente de forma global (lo que, viendo su trayectoria, puede significar nuestro fin en este planeta) para poder plantear nuevas relaciones sociales y modos de producción.

¿Cómo entran en contacto el alemán radicado en Londres y los actores políticos de la Rusia zarista? El nexo es el interés de ambas partes por la otra. Marx, como señala Musto (2024, pp. 78-81), estuvo atento a las revueltas campesinas ocurridas en Rusia. Por ese motivo, comenzó a estudiar la situación social rusa, observando la manera en la que estos sucesos podían acabar con la tradición política existente en el gigante europeo. Así, el interés antropológico que le surgió de la mano de Morgan estuvo acompañado de una apertura de miras fuera de Europa occidental en lo referente a las posibles vías de emancipación de la clase trabajadora. Por otro lado, fue durante los últimos años de su vida cuando sus escritos comenzaron a extenderse con mayor intensidad, llegando, como nos muestra la historia, también a Rusia. De esta forma, Marx recibió una carta de Vera Zasúlich en la que instaba al alemán a aclarar su posicionamiento respecto a las comunas rusas. La diatriba era la siguiente: o las comunas son el germen de una vía socialista, o deben perecer para dar paso a un desarrollo capitalista que, más tarde, permitiera la emancipación del proletariado. Sobre esta cuestión los “marxistas” rusos se decantaban por la segunda opción, mientras que populistas como Nikolai Michailovsky preferían la primera (y consideraban que Marx seguía la línea de los marxistas rusos).

El posicionamiento explícito de Marx respecto a esta cuestión se encuentra en la carta nunca enviada a Michailovsky que referenciamos anteriormente. Sin embargo, de sus diferentes obras ya podemos inferir ciertas pautas que refuerzan una visión no determinista del desarrollo histórico. En prácticamente ninguno de sus textos encontramos una caracterización detallada de la sociedad que surge tras el modo de producción capitalista o incluso de la sociedad comunista, puesto que “no consideró que la sociedad humana estuviese destinada a cumplir, en todas partes, el mismo camino y, por añadidura, a través de las mismas etapas” (Musto, 2024, p. 90, 2024). Es decir, el desarrollo desigual de las diferentes partes del mundo impedía una narración uniforme acerca de los estadios por los que debería pasar cierta nación. Se impone un análisis caso por caso de donde se pueden extraer elementos comunes de naciones que transcurren por

¹⁰Manteniendo así la idea dantesca de que, “en la puerta de la ciencia, como en la del infierno, debiera estamparse esta consigna: Qui si convien lasciare ogni sospetto; Ogni viltá convien che qui sia morta. [Déjese aquí cuanto sea recelo/ Mátense aquí cuanto sea vileza]” (Marx, 2001).

caminos semejantes. En esa línea, la carta de Marx dirigida a Michailovski pretendía resaltar la posibilidad de que ciertas naciones pudieran beneficiarse de los avances conseguidos por otras sin la necesidad de que la clase trabajadora tuviera que sufrir las consecuencias de ese camino.

En ese sentido, Marx señala que, en relación con la posibilidad que presenta la *obshchina*, Rusia, en lo referido al modo de producción capitalista, “puede —sin experimentar las torturas de este régimen— apropiarse de todos sus frutos dando desarrollo a sus propias condiciones históricas” (Marx, 1973, p. 289). Sin embargo, lo más importante de esta carta tal vez no se encuentra en esta cita, sino en la manera en la que Marx señala que su caracterización de la acumulación primitiva no pretende ser una exposición del necesario desarrollo económico y social aplicable mundialmente, ya que con él no busca más que “trazar el camino por el cual surgió el orden económico capitalista, en Europa Occidental, del seno del régimen económico feudal” (Marx, p. 289, 1973). La importancia de estas ideas no radican simplemente en una clarificación de la postura del alemán, sino que también permiten dotar de cierta base a los planteamientos en los que el marxismo y las posturas ecológicas se encuentran. Si el capital, con todas sus caracterizaciones occidentales, no es el camino que necesariamente deben pasar todas las naciones, nos encontramos ante una visión alejada del determinismo y que tiene en cuenta que el desarrollo social de cada país depende de sus condicionantes históricos. Además, si sumamos a esto la preocupación de Marx acerca de la producción y la relación que mantenemos con la naturaleza, vemos que las propuestas ecomarxistas se legitiman gracias a los posicionamientos del propio Marx. La posibilidad que representaban las comunas rusas para Marx nos señalan, extrapolando esa misma idea al presente, que se puede dar una transformación social orientada a una relación sostenible con la naturaleza sin la necesidad de que el capital se desarrolle uniformemente en el globo (con las consecuencias ecológicas que supondría) hasta sus últimos estertores. No es necesario realizar una interpretación imaginativa de las obras del alemán (quizás lo necesario sea deshacerse de las exégesis más estereotípicas), sino atender al desarrollo de su pensamiento. El determinismo se sustituye por una capacidad para aprovechar los desarrollos pioneros del sistema capitalista en pos de la emancipación humana y natural, sin que los valores negativos del capital deban extenderse por todas las sociedades.

Este desvío del tema principal del trabajo nos permite reincidir en la cuestión de fondo que se encuentra a lo largo de estas páginas: las indagaciones ecológicas de Saito y Foster son posibles por una lectura a contrapelo de la visión clásica de Marx. Frente al prometeísmo y al fetiche desarrollista, nos encontramos con un pensador mucho más situado que, a medida que los años pasan, va refinando su pensamiento, consciente del carácter histórico de su objeto de estudio. Por ese motivo, su obra se caracteriza por el rechazo frontal a “una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica” (Marx, p. 291, 1973). De lo contrario, no se entendería la visión positiva pero cautelosa que Marx mantenía sobre la *obshchina*.

5. Conclusión

La fractura del metabolismo natural en la sociedad capitalista implica que esta constituye una doble alienación: el trabajador se encuentra alienado de su trabajo, pero también se ve ajeno y separado de la naturaleza. La tarea emancipadora consistiría en resolver estos extrañamientos, manteniendo una relación sostenible con la naturaleza mediante el menor esfuerzo posible. En ese sentido, los diferentes autores presentes en este trabajo muestran análisis semejantes, aunque con ciertos matices, que vienen a dar cuenta de la incapacidad del capital para lograr tal tarea. Su carácter expansivo y exponencial provoca una fractura

en la interacción entre la naturaleza y el ser humano. Sin embargo, esta fractura no debe entenderse como una quiebra en una relación sostenible anterior. La fractura metabólica va de la mano de una profundización del capital en la naturaleza. De tal forma que la concepción del capitalismo como un actor coproductor de naturalezas y fronteras no se opone a la ruptura de la relación entre ambos. En ese sentido, junto a Dean y Heron (2022), entendemos que vivimos en un momento de transición no necesariamente positivo. El capital puede derivar en composiciones colapsistas, acabando con nuestra especie antes de capitular voluntariamente. Por eso, el análisis ecológico de Marx carece de profundidad si no apreciamos su parte política. Especialmente porque el desarrollo teórico que presentan los autores centrados en la cuestión ecológica no se encuentra aislado del resto de esferas de acción de nuestras vidas. Eso significa que la quiebra en el metabolismo naturaleza-humanidad tiene ramificaciones que van más allá de un colapso de nuestro modo de vida que siempre se presenta en un indefinido futuro.

De hecho, lo que nos encontramos es que estos mismos análisis encajan con visiones estrictamente económicas y políticas. Nuestro tiempo ciertamente es uno de cambio. Es una etapa donde las anteriores formas de organización social entran en declive y reaparecen fórmulas del pasado, aunque esta vez como una farsa que no pretende escudar sus intenciones en nobles ideales. El nacionalismo económico que Merchant da cuenta del peligro de estos posicionamientos y su capacidad para atraer a diferentes posiciones políticas. Frente a estos cantos de sirena urgen nuevas formas de organización social que comprendan el carácter interconectado de las sociedades y del ser humano con la naturaleza. Eso implica volver a dotar de dinamismo a las categorías sociales que nos rodean, comprender el carácter interdependiente de las distintas facetas de nuestra vida. Es decir, deshacernos de cosmovisiones estancas y estáticas que solo permiten la perpetuación del orden existente. Es necesario un análisis totalizante, capaz de comprender que la realidad no puede ser entendida como una serie de parcelas meticulosamente delimitadas. No por un deseo de conocimiento absoluto o por la nostalgia de las grandes narrativas del pasado, sino porque lo contrario hace del estudio de lo social algo puramente científico, dándole un carácter de fatalidad e inmutabilidad que se amolda a los intereses de las clases dirigentes (Lukács, 1970, p. 38). Deshacernos de nuestra capacidad para comprender la relación existente, en este caso, entre capital, naturaleza, Estado burgués y crisis climática implica una capitulación ante una teoría “de la «evolución» sin revolución del «tránsito natural» y sin lucha” (Lukács, 1970, p. 38). El problema es que ese tránsito natural hoy no nos aleja simplemente de formas más igualitarias de organizar nuestra sociedad y su relación con la naturaleza, sino que también supone un peligro para nuestra misma presencia en este planeta. Aceptar este marco implica la desactivación de cualquier propuesta orientada a la transformación de nuestro mundo. Supone cerrar los ojos ante la necesidad de cambios en nuestras sociedades. Tal vez sin comprender que esos cambios se darán, ya sea con nuestra capacidad para participar colectivamente en ellos de una manera justa o siendo quienes los sufren. En pocas palabras, la pregunta sobre qué ocurre es incompleta e incapaz de ser más que un análisis vacío sin su contrapartida política: qué hacer.

Bibliografía

- Dean, J., & Heron, K. (2022). Leninismo climático y transición revolucionaria. Organización y antiimperialismo en tiempos catastróficos. *Viento Sur*, 7-24.
- Foster, J. (2000). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. El Viejo Topo.
- Galceran, M. (1997). *La invención del Marxismo*. Iepala Editorial.

- Lukács, G. (1970). *Historia y conciencia de clase*. Instituto del Libro.
- Marx, K. (1977). *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Primera mitad. Grijalbo.
- Marx, K. (2001) *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Marxists Internet Archive. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>
- Marx, K. (2008). *El capital. Libro primero. Volumen I*. Siglo XXI.
- Marx, K. (2009a). *El capital. Libro primero. Volumen II*. Siglo XXI.
- Marx, K. (2009b). *El capital. Libro tercero. Volumen VI*. Siglo XXI.
- Marx, K. (2009c). *El capital. Libro tercero. Volumen VIII*. Siglo XXI.
- Marx, K., & Engels, F. (2014). *La ideología alemana*. Akal.
- Marx, K., & Engels, F. (1973). *Correspondencia*. Editorial Cartago.
- Merchant, J. (2025). *Colapso. Nacionalismo ecológico y declive global*. Ediciones Extáticas.
- Meiksins Wood, E. (2021). *El origen del capitalismo, una mirada de largo plazo*. Siglo XXI.
- Moore, J. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida*. Traficantes de sueños.
- Musto, M. (2024). *Karl Marx (1881-1883). El último viaje del Moro*. Monte Ávila Editores.
- Sacristán, M. (1987). *Pacifismo, ecología y política alternativa*. Icaria Editorial.
- Saito, K. (2022). *La naturaleza contra el capital. El ecosocialismo de Karl Marx*. Bellaterra Edicions.
- Schmidt, A. (1977). *El concepto de naturaleza en Marx*. Siglo XXI.
- Shanin, T. (ed.) (1983). *Late Marx and the Russian Road Marx and 'The peripheries of capitalism'*. Monthly Review Press.